

# LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL  
MADRID

REVISTA  
MORAL Y RELIGIOSA,  
CON LA  
aprobacion eclesiástica,  
y bajo la direccion  
DE  
**E. Lozano de Vilchez.**

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá cuatro veces al mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO  
ES EL  
**DE UN REAL AL MES,**  
EL MAS BARATO  
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados, para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de letras del Giro Mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se espenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Mayo de 1878.

DIRECTORA, D.<sup>a</sup> ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 2.<sup>o</sup>

## SUMARIO.

**Eva**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Poesia**, por D. Francisco Diaz Carmona.—**El lujo y la vanidad**, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Seccion doctrinal**, por id.

## EVA.

Al principio Dios crió el cielo y la tierra. La tierra estaba vacía e informe, las tinieblas cubrían el abismo, y el espíritu de Dios se extendía sobre las aguas.

(GÉNESIS 13.)

### I.

¿Quién desconoce el inmenso poder de Dios?

¡De Dios, único principio y solo fin de todas las cosas!

¡De Dios, que con una palabra de su boca, con un «hágase» de sus lábios sacó á la tierra del caos

y formó el ancho mundo, creacion de su divino pensamiento, y obra de su potente y soberana diestra!

¡Oh! nadie: ninguno de los que sienten su alma inundada por la llama de la fé y su mente alumbrada por la luz de la razon.

Desde el menos docto hasta el mas consumado teólogo, saben que á la voz del Señor, se estendió á sus piés la tierra, estensa, fecunda, poblada de árboles cuyos frutos contenian en sí mismos el gérmen de su reproduccion, y cubierta de una alfombra de verdura bordada de flores y salpicada de perlas que refrescaban su seno, ora cayendo del cielo en transparentes gotas de rocío, ora saltando de los cien arroyos de cristalinas aguas que la cruzaban por todas partes al compás de su dulce murmullo.

Saben que hizo la luz, que separó las noches de los dias, que puso á los mares un muro de



arena, y que al decirle «de aquíno pasarás,» las olas se replegaron sobre sí mismas, y besando la tierra, se alejaron de ella humildemente obedeciendo el mandato de su Hacedor.

Después, y creados por su sola voluntad, en las verdes ondas se agitaron con el movimiento de la existencia millones de peces de tamaños y colores distintos, y en los bosques saltaron las fieras y se arrastraron los reptiles, mientras rompían los aires con su vuelo vistosas y ligeras aves de variado y espléndido plumaje.

¡Oh! ¡cuán hermosa, cuán llena de vida apareció la creación ante los ojos de su Hacedor! ¡Cuán espléndida y magnífica la encontró al sexto día de haber empezado á imaginarla!

Pero aun le restaba crear su obra mas perfecta; aun tenia que darle un Señor que dominara en ella y que gozase de todos los encantos que su previsora mano habia sembrado por doquier.

Y entonces tomó en su augusta diestra un poco de mezquino barro, y por un milagro de su poder formó al primer hombre hecho á su imagen y semejanza, y con un soplo de su divino aliento le dió espíritu y ser, y pensamiento y alma.

Lo que era *nada*, trocóse por su bondad en perfeccion y grandeza, y Adán fué saludado como señor y rey por todos los seres animados que poblaban aquel mundo, de que Dios, en su amor, le cedía el imperio.

Pero el hombre no debia estar solo; necesitaba una compañera que embelleciese sus horas y alegrase su existencia, y el Señor le sumergió en un profundo sueño, para sacarle una de sus costillas, la mas próxima al corazón, y formar con ella una mujer con quien compartiera la felicidad y la gratitud y el amor.

La mujer fué así creada, y obtuvo el nombre de Eva.

¡Oh, cuán pura, cuán inmaculada, cuán llena de juventud y de belleza era aquella criatura, en la que habia algo de mas delicado, de mas inmaterial que en el hombre, puesto que no habia sido formada de mezquino barro como él, sino de una parte de su ser, ya santificada con el soplo divino!

Flexible y gallarda como la palmera, sus movimientos tenian una gracia suave y poderosa, á la que daba encantos su misma debilidad.

Sus grandes ojos que copiaban el color del cielo y el fulgor de las estrellas, estaban velados por sus largas pestañas, y en su mirada habia una dulzura tan inmensa como el candor que se atesoraba en su pecho. Sus lábios y sus mejillas tenian las tintas de la rosa, y sus cabellos, en que se reflejaba la luz del sol, la envolvian como un manto de oro.

El Señor Dios, á quien debia tanta belleza, tomó su mano, y acercándose con ella al lado de Adán que dormia aun, pronunció su nombre murmurando á la par:

—«¡Despierta!»

Adán abrió los ojos.

Su primera mirada fué para el Creador; la segunda para la casta y hermosa compañera que Este venia á ofrecerle.

Al contemplarla, su corazón latió con una violencia que él no se supo explicar.

¡Ay! era que Dios al tomar de su pecho el hueso de que habia formado á la mujer, no solo la hacia carne de su carne, sino que dejaba en el seno del hombre un vacío que ella solo podia llenar.

El Señor los acercó uno al otro.

—«Vivid juntos,—les dijo, instituyendo de este modo con la union del primer hombre y de la primera mujer el matrimonio cristiano:—vivid juntos, y de hoy en adelante, igual sea vuestra existencia, é igual tambien vuestro porvenir. Tu, Adán, cuyo patrimonio es la energía y la fuerza y el valor, sé el sosten y el amparo de la compañera que te doy; y tú, Eva, dotada con la dulzura y la timidez y la belleza, haz agradable y feliz la vida del protector que te concedo. Vuestro es mi eden, vuestro mi paraíso, el mundo todo es vuestro: yo os concedo su señorío.»

Y después, señalándoles un frondoso árbol que estendia sus ramas en medio del paraíso.

—«Solo, dijo—solo á ese árbol y á ese fruto os prohibo tocar, pues entre sus ojas encontraríais la muerte, y en la muerte el castigo de vuestra desobediencia.»

Adán se inclinó ante el Señor y le ofreció cumplir su mandato. En cuanto á Eva, sumisa desde entonces á la voluntad de su esposo, rectificó solo con una mirada la promesa que él acababa de hacer.

## II.

La existencia de Eva y Adán en aquel jardín de delicias, trascurría como las apacibles aguas del arroyo que se desliza entre flores.

El orgullo, la envidia, la ira, y ni sus otros funestos hermanos, los pecados capitales que habian de manchar y combatir después el corazón del hombre, no habian derramado todavía una sola gota de su veneno en el pecho de aquellas dos nobles criaturas, puras como la luz del radiante sol que iluminaba su frente.

Adán dividia su tiempo en bendecir á Dios, y en escoger entre los frutos que la tierra le daba, sin esfuerzo alguno de su parte, aquellos que mas podian agradar á su graciosa compañera.





Eva pasaba las horas en elevar hasta Dios fervientes y suaves acciones de gracias, y en coronar su frente de rosas menos perfumadas que su aliento, para agradar mas y mas de este modo al amado compañero de su existencia.

Alguna vez, cuando inclinándose sobre las azules ondas del lago, veia su imagen reflejarse en ellas, sonreia llena de placer, al encontrarse tan hermosa, y bendecia á su Hacedor por que habia reunido sobre su frente mas galas y mas encantos que en toda su magnífica y sublime creacion.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LOS DESPOSORIOS DE MARÍA.

Doncellas de Judéa,  
Las de la tez de rosa,  
Con rojos terebintos  
La sien entrelazad:  
La Virgen Galilea,  
Humilde y poderosa  
Cual nardo que acarician  
Las auras del Jordan,

Al templo santo asciende  
Con blanco velo ornada,  
Ceñida su cintura  
Del cingulo nupcial:  
Carmin lijero enciende  
Su frente nacarada  
Y su mirada púdica  
Fija en la tierra está.

Varon de noble frente  
Condúcela anhelante,  
La floreciente vara  
Llevando sin rival.  
Respeto reverente  
Revela su semblante  
Y amor, pero amor puro,  
Sin mezcla terrenal.

Que es la escogida Ella  
En los eternos dias  
Para llevar el fruto  
De gloria y santidad;

La cándida doncella  
Que celebró Isaías,  
La esposa enamorada  
Predicha en el cantar.

La palma que cimbrea  
Su talle en el desierto,  
La tierna cervatilla  
Del Lívano feraz.  
La alondra que sesteá  
Á orillas del mar muerto  
Sin que á tocarle llegue  
Su olor pestilencial.

Y es él de tal tesoro  
Custodio designado  
En el decreto eterno  
Del alto Jeová,  
Para enjugar el lloro  
De Adan desventurado  
Y el anatema escrito  
Sobre su sien, borrar.

Por eso entre sus manos  
La antes marchita vara,  
Con olorosas flores  
Vestida muestra ya.  
Señal de los arcanos  
Que Jeová prepara,  
Señal del gran misterio  
Que á consumarse va.

Venid, pues, ¡oh! doncellas,  
Las de serenos ojos  
Que sois encanto y gala  
Del suelo de Judá.  
Sembrad de rosas bellas,  
Y de claveles rojos  
La senda de la Virgen  
Que á desposarse vá.

Venid, el laud sonoro  
Del sauce se desprenda  
Que ya acaban los dias  
De esclavitud fatal.  
Y en concertado coro,  
Del templo por la senda  
Seguid, alzando alegres  
El cántico nupcial.

No ya sobre ruinas  
Se sentará el profeta,



Que un nuevo sol colora  
Las cumbres de Galard.  
Las áridas colinas  
Do duerme el Rey poeta,  
Levántanse de gozo  
Su luz al contemplar.

Del Tigris y el Eufrates  
Las aguas turbulentas,  
No inquietarán ya el sueño  
Del hijo de Judá.  
Tras órridos combates  
Y víctimas sangrientas  
De nuevo vé las olas  
Del plácido Jordan.

Y tras la noche umbria  
De duro cautiverio  
La aurora reaparece  
De santa libertad.  
Que la feliz María  
Por celestial misterio  
De esposa la corona  
Ciñe á su frente ya.

Venid, pues, ¡oh! doncellas,  
Las de serenos ojos  
Que sois encanto y gala  
Del suelo de Judá:  
Bríndadla rosas bellas  
Y terebintos rojos;  
Cantad á los esposos  
El cántico nupcial.

Francisco Díaz Carmona.

## EL LUJO Y LA VANIDAD.

(Continuación).

¡Cuarenta años de afanes iban á quedar destruidos y perdidos en solo un día.

Esta idea era espantosa y el infeliz no podía soportarla.

Y sin embargo, era tal el amor que profesaba á su esposa y su hija, que las ocultó cuidadosamente su infortunio por temor de hacerlas sufrir.

—¡Que lo sepan lo mas tarde posible,—se habia dicho,—y que vivan felices algunos dias mas!

Y entre tanto las horas pasaban y el plazo en que debia entregar sus cuentas se acercaba á pasos veloces.

Margarita y Carmela que nada sospechaban, solo se ocupaban en los preparativos de un baile á que habian sido invitadas, y para el cual se habian hecho traer dos preciosos aderezos de un escesivo valor.

Margarita habia pretestado que iba á pasar la noche con su hija en casa de una de sus amigas que se hallaba enferma, y Andrés, preocupado y absorto en su infortunio convino en ello, sin saber apenas lo que decia.

Al dia siguiente debia hacerse público su desfaleco, y el infeliz, calenturiento, loco, desesperado, no sabia qué partido tomar para librarse de la deshonra, y hasta hubo momentos en que olvidándose de Dios, pensó en el suicidio como el postrer recurso que le quedaba que adoptar.

Desde el principio de la noche se ocultó en su despacho diciendo á los criados que para nadie estaba en casa.

Carmela y su madre se habian encerrado en su tocador tambien, y creyeron como todos que Andrés habia salido de la fábrica, ó que segun su costumbre se hallaría en el despacho del señor de Maurell, donde permanecia todas las noches hasta bien tarde.

—Vamos, vamos, mamá,—repetia la jóven con acento impaciente,—acaba de vestirme pronto que ya van á dar las nueve y á las once empieza el baile.

—Tienes razon,—respondia Margarita mientras se cubria de galas y blondas.—Oh, ya solo me falta el aderezo! ¡Qué lindo es! ¡Cómo vamos á llamar la atencion!

—¿Le pagaste ya?

—No: aun no he podido..... pero esta noche..... tu padre no está: hace ya mucho rato que no oigo su voz por ninguna parte, y he oido á Francisca decir, no sé á quien, que habia salido ya.

—Entonces.....

—Si..... aprovecharemos la ocasion y pasaremos por la joyería para abonar el importe: no deben haber cerrado todavia.

—¿Mandaste venir un coche?

—Ya ha dicho Francisca que nos espera.

—Pues despachemos antes que él vuelva y nos vea en este traje.

—No es posible. Cuando tu padre sale no viene á estas horas; ademas nos iríamos por la puerta de escape, y sobre todo, está tan preocupado siempre en sus proyectos y sus cuentas, que en nada repara; voy, pues, por el dinero.



Y Margarita despues de echarse un abrigo sobre los hombros se separó de su hija, tomó la bujía, cruzó la alcoba y empujó la puerta del despacho de su esposo, que para mas seguridad tenia siempre cerrada por dentro, la que daba al corredor.

Apesar de todo el cinismo de aquella mujer, su mano temblaba lijeraente, y su vista turbada por el temor, y deslumbrada por la luz que llevaba delante no le permitia distinguir los objetos.

Cerró por dentro la puerta que habia franqueado, sacó de su seno una llave, y se dirigió resueltamente á la caja de hierro situada en un extremo de la habitacion.

Abrióla con rapidéz y como quien está acostumbrado á ello, y arrodillándose un instante, dejó la luz en el suelo, introdujo la mano dentro, y sacó algunos billetes que contó muy deprisa y azorada á su pesar.

Aquella escena estraña, en que una mujer vestida de baile, adornada de diamantes y con las manos cubiertas de blancos guantes, contaba el dinero que acababa de robar á su propio esposo, tenia un testigo ignorado, y este testigo era Andrés.

Andrés que se habia refugiado como hemos dicho en aquel sitio, que se habia arrojado en un sillón, y que absorto en su pena habia dejado trascurrir las horas sin cuidarse de pedir luz, por que la sombra en que se hallaba estaba en gran armonía con las sombras que ofuscaban su mente y envolvian su corazon.

Ademas, ¡quién sabe! ¡quién puede penetrar los misterios de un corazon combatido por la duda!

¡Tal vez sin darse cuenta de ello esperaba en aquel sitio la esplicacion de el enigma que le enloquecia, la solucion de el problema que labraba su ruina!

Cuando sintió que empujaban la puerta, su corazon latió con violencia y esperó en la oscuridad.

La mesa del despacho le ocultaba, y no hizo movimiento alguno ni formuló una sola frase.

Cuando vió á Margarita fué á hablar, fué á pronunciar acaso su nombre, pero al notar que cerraba la puerta por dentro, la voz espiró en sus labios y una sospecha terrible se ajitó en su corazon.

Despues..... ¡ay! despues la espantosa verdad brilló ante sus ojos, lo comprendió todo, como si un rayo de luz hubiese alumbrado instantáneamente su vida pasada, y dando un grito y lanzándose hacia aquella mujer tan culpable, la cojió de un brazo, ajitando la mano en que aun tenia los fatales billetes, y la preguntó con una

voz en que se mezclaban el dolor, el asombro y la cólera.

—¡Margarita! ¿qué has hecho?

La esposa culpada se quedó inmóvil, muda, aterrada, tan blanca como los encajes que la cubrian, y tan trémula como las ojas de papel que temblaban entre sus dedos.

Andrés, pálido como un cadáver, la miraba siempre, y sin dejar que se alzase del suelo repetia con acento delirante.

—¿Qué has hecho? ¿qué has hecho?

Margarita, de rodillas aun, solo pudo, en medio de su trastorno, murmurar esta frase.

—¡Perdon, Andrés, perdon! yo.....

—Pero ¿á dónde vas? ¿qué ibas á hacer con ese dinero? ¡habla, habla pronto! ¿no ves que estoy para volverme loco?

—Yo..... yo,—balbuceó ella sin aliento,—yo..... iba.....

En aquel instante un lijero golpe dado en la puerta, detuvo la palabra en los labios de aquella mujer.

Andrés tambien se quedó mudo.

—Mamá, mamá,—dijo desde afuera la voz recatada de Carmela;—despacha pronto, se hace tarde y el baile va á empezar.

Andrés sintió algo parecido á un vértigo al escuchar aquel acento.

Soltó el brazo de Margarita y corrió hacia la puerta abriéndola con rapidéz.

La jóven que ya iba á dirigirse de nuevo á su madre dándola priesa por segunda vez, al hallarse frente á frente de su padre lanzó un pequeño grito, y dió un paso hacia atrás con ánimo sin duda de huir: pero Andrés la detuvo con un ademan y la dijo enérgicamente:

—¡Entra!

Carmela obedeció; penetró dentro de la habitacion: dirigió una mirada en torno suyo, y al ver á su madre desfigurada y abatida lo comprendió todo y tembló á su vez ante la cólera de su padre.

Andrés, con el semblante descompuesto, las miraba á entrambas, y al fin con un movimiento brusco se precipitó sobre la puerta que la jóven acababa de franquear, y la cerró con violencia corriendo el cerrojo por dentro.

Carmela hizo un movimiento de terror y gritó con afán.

—¡Padre! ¡padre! ¿qué va V. á hacer?

—¡Silencio,—dijo el anciano—¡silencio! ¡no es necesario que nadie se entere de lo que vá á pasar aquí!

La jóven tuvo miedo.

Equivocó el pesar de su padre y su profunda desesperacion con el enojo ó con la ira, y creyó



que ella y su madre iban á ser víctimas de un castigo terrible.

¡Ay! la que en su egoismo no habia sabido adivinar los dolores de aquel hombre honrado y bueno, no podia comprender tan poco la infinita angustia que desgarraba su alma en aquel momento.

El desgraciado habia visto su ruina inevitable y su deshonor, causada por aquellos dos seres á quien amaba tan tiernamente y que habian burlado su confianza de un modo tan infame, y agoviado bajo el peso de su amargura, se dejó caer sobre una silla y ocultó su frente entre las manos.

Margarita y su hija esperaban su primera palabra, como el reo espera la sentencia de su juez, y ya en su mente empezaban á buscar las frases con que habian de disculpar su falta y responder á las duras recriminaciones que esperaban oír de aquellos labios trémulos y comprimidos.

Pero ¡ay! tambien se equivocaron esta vez.

Un ancho sollozo levantó el pecho de Andrés, que continuaba sumido en un profundo abatimiento.

—¡Oh!—esclamó al fin:—¡han sido ellas las que me han deshonrado! ¡ellas, ellas, por quien yo hubiera dado mi vida hora por hora, y mi sangre gota por gota! ¡oh! esto es horrible y no merecia perdon!

—¡Perdido! ¡deshonrado! ¿qué es lo que quieres decir?—preguntó Margarita levantándose con violencia.

Andrés alzó la frente y fijando en su esposa una mirada que en vano trataríamos de describir, exclamó con amargo acento.

—¡Desgraciada! ¡tan ciega y tan enloquecida te tenia el afán de esas galas, tan deslumbrada el brillo de esos diamantes, que no has pensado jamás que los comprabas con la vida y el nombre de tu esposo!

—¿Qué dice V.?—preguntó á su vez la jóven acercándose tambien.

—¡Ay!—prosiguió Andrés exaltándose por grados:—¡ay! que en vuestro fatal delirio, en vuestro loco anhelo por ese maldito lujo de que os hallais cubiertas, no habeis mirado mi frente abrumada por la duda, inclinada bajo el peso de una desgracia incomprensible: no habeis visto al infeliz padre, al desgraciado esposo, consultando libros, descifrando guarismos noches enteras en perpétua vigilia; noches enteras en terrible insomnio, luchando por arrancar á la infamia mi nombre, que era el vuestro, y por conservar algunos años una posicion que os librara de la miseria y el trabajo!

Las dos mujeres empezaban á comprender

algo de la terrible verdad, algo del grave mal que habian hecho.

Sin embargo, no podian dar entero crédito á las palabras de Andrés, y tenian alguna esperanza de que aquello solo fuese una amenaza, una parte del castigo que queria imponerles.

—Si:—prosiguió él,—yo luchaba, yo trabajaba noche y dia, preguntándome á mí mismo, dónde iban á parar, en qué abismo insondable se perdian aquellas sumas, aquel oro que no era mio, y del cual tarde ó temprano debia dar cuenta.

—¡Cómo! pues qué ¿no ganabas..... no tenias tambien.....?

—Margarita, tú no has sido jamás la buena esposa que comparte el trabajo con el compañero de su vida, tú no has enseñado á tu hija á ser la jóven modesta y humilde que ayuda á sus padres y les sirve de apoyo en el áspero camino de la existencia: ¡ahora lo comprendo! ¡ahora veo claro lo que mi ciego amor me impedia conocer! ¡Yo podia tener ahorros, yo podia tener guardada siquiera la mitad del fruto de cuarenta años de trabajo! pero habeis vivido fuera de vuestra clase, habeis querido igualaros á los que debíais mirar como á nuestros señores, y mi sueldo apenas bastaba á pagar vuestros criados y á cubrir vuestras diarias exigencias.

—¡Será posible!—murmuró Margarita,—¿será posible lo que dices? entonces.....

—Entonces, esos diamantes, esas blondas, esas sedas que oscubren á las dos, son robadas, robadas al dinero que se habia confiado á mi buena fé, robadas á los fondos que se han dejado en mi poder, robadas á los que nos han dado de comer su pan tantos años, y á quien hoy debo entregárselos intactos y completos ó ser acusado como ladrón, como malversador de una suma que no era mia!

—¡Tú! ¡tú! ¡Dios mio,—gritó Margarita en el colmo del asombro,—tú!

—¡Si, hoy debo presentar mis cuentas! hoy debo hacer público mi desfalcó, y renunciar al puesto que no he sabido ocupar dignamente y en el que he abusado de la confianza que se habia depositado en mí!

La hija y la esposa de Andrés quedaron aplastadas bajo el peso de las revelaciones de aquel hombre.

La desesperacion, el dolor, el espanto se retrataron en sus semblantes, y un llanto amargo cubrió aquellas mejillas tan animadas poco antes, y empañó el brillo de aquellos ojos donde hacia pocos instantes se veian unidas la satisfaccion del orgullo y la alegria de la vanidad satisfecha.



¡Oh! era un espectáculo curioso ver á aquellas dos mujeres vestidas de baile, con el seno cubierto de perlas y flores, y la frente adornada de brillantes, llorando junto aquel anciano, severo y adusto, pero tan desesperado como ellas.

Así pasaron muchas horas, sin que en su dolor se dieran cuenta unas y otro de la velocidad con que pasa el tiempo.

La luz del alba diáfana y pura empezó á teñir de blanco los cristales del balcon.

De pronto Andrés levantó la cabeza, y exclamó con abatimiento.

—¡De día ya! ¡Oh! Es forzoso adoptar una resolución!—y se levantó de su asiento dando algunos pasos por la estancia.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Margarita asombrada de la espresion del rostro del anciano.

—¡Cumplir con mi deber!

—Pero.....

—Devolver á sus legítimos dueños todo cuanto les pertenece, y abandonar el sitio que no he sabido ocupar con lealtad.

—¡Oh! no: ¡tú no harás eso; seria la miseria, seria la muerte! aun te quedan recursos, aun puedes.....

—¿Qué?

—Pedir una prórroga, proseguir en tu puesto y.....

Una amarga sonrisa plegó los labios de Andrés.

(Concluirá.)

Entiqueta Lozano de Vilchez.

## SECCION DOCTRINAL.

### LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—¡Ah! murmuró con pena la preciosa Julieta—luego no existe mi regalo, y lo que querias, abuelita, era convencerme de que aun sin conocer á una persona se la puede querer mucho!

—Justamente, y ya has visto que es muy fácil; pero tranquilízate, hija mia; los juguetes están en mi gabinete y son para tí y tus hermanitos: solo que Dios es

quien te los ofrece por mi mano, puesto que Él me ha dado los medios suficientes de poder hacerte ese pequeño obsequio, y que siendo, como es, dueño de las voluntades y el pensamiento, me ha inspirado la idea de complacerte de este modo.

—¡Qué bueno es Dios!—exclamó la niña batiendo las palmas,—qué bueno es Dios, y como voy á amarle mas y mas desde hoy!

Un triste suspiro escapado involuntariamente de los labios de Lorenzo, el viejo mendigo, llamó la atención de la marquesa y la hizo decir:

—¿Qué es eso Lorenzo? ¿entristecen á V. mis palabras?

—Señora, contestó humildemente el anciano,—yo jamás me atreveria á pronunciar una sola frase si V. E. no me preguntase: pero ya que su bondad llega á tanto, la diré que si solo debiéramos servir y amar á Dios por los beneficios que nos dispensa, el pobre enfermo y abrumado de años, que se ve obligado á mendigar el sustento, que de todo carece, que solo conoce los males y las miserias de la vida, ¿cómo podrá.....?

—No prosiga V., amigo mio, que sus frases ofenden á Aquel que desde el cielo las escucha.

—Pues yo.....

—Voy á responder á V., y en V. á todos los que me oyen, que por suerte, y en el solo hecho de hallarse en este sitio, prueban que creen y que esperan, es decir; que son católicos de corazón.

—¡Oh! sí, si, se apresuraron todos á responder.

La Marquesa de la Fé dirigió una dulce mirada en torno, fijándola despues en el cielo con una espresion de profunda gratitud.

—Si, murmuró al fin con acento suave,—ya lo sé, hijos míos, y por eso os hablo de este modo; si fuérais incrédulos, protestantes ó ateos, aunque carezco de ciencia y estudio, aunque nada puedo hacer por mí, serian otras las razones y los argumentos que usara al dirigirme á vosotros; serian otras mis palabras; pero el que busca la senda del cielo, es porque siente arder en su alma la pura llama de la fé, y no necesita que le enseñen á creer, si no que muestren el modo de obrar. Ahora bien, Lorenzo, ¿no reza V. todos los días?

—¡Oh, si señora!

—Y ¿cuál es la oracion primera que murmuran sus labios? la que aun siendo tan anciano recuerda quizá haber aprendido sobre las rodillas de su madre? es el padre nuestro, ¿no es verdad?

—Si, si señora, respondió Lorenzo conmovido.

—Y entonces, por qué no ha meditado V. nunca el significado de sus santas y sublimes primeras palabras? «Padre nuestro.» ¡Oh! ¿quiere V. saber lo que esto significa? medite V. ¡Padre! ¿qué frase tan hermosa! ¿qué negará un corazón amante á quien le invoque empezando con ella? ¿qué derechos no concede al que la pronuncia para pedir y esperar ser oído? ¿cómo el que la repite todos los días podrá sentir que su amor se entivia, que su fé vacila ó que desfallece su esperanza? ¿cómo podrá olvidar ó dudar que es hijo de Dios?

—¡Oh! tiene V. razón, señora, tiene V. razón,—exclamó Lorenzo.

—Y no es solo Padre lo que quiso ese Dios que le digamos,—continuó la Marquesa,—es Padre nuestro. ¿Y sabe V. por qué? para probarnos que todos los hombres son hermanos; para recordarnos diariamente la mas hermosa atribucion de esa paternidad divina, que es serlo de todos y para todos igualmente de este modo, y al decir *Nuestro*, reconocemos todos los hombres un mismo origen, pues los que tienen un mismo padre, es lógico y



cierto que pertenecen á una sola familia, donde no hay distinciones de razas, posición ni nombre. *Nuestro*, ¡oh! ¡cuán bello es pedir todos por todos!

—*Nuestro!* en esa palabra mezclamos al par á los reyes y á los vasallos, á los nobles y á los plebeyos, á los potentados y á los mendigos. Ella nos comprende á todos, á todos nos dá igual blason de nobleza, y es á la vez perpétua humillación para el poderoso, pues le recuerda su igualdad con el humilde y perpétuo enaltecimiento para el humilde, pues le recuerda su completa igualdad con el poderoso. Ya vé V., buen Lorenzo, que no debemos olvidar este dulce nombre con que el Señor quiere que le invoquemos, ni estas dos palabras que forman el código mas hermoso de la fraternidad y del amor.

Y dígame V., fijando por base que Dios es su padre, ¿le cree V. lo bastante poderoso para trocar sus harapos en joyas, y su miseria en esplendor?

—¿Quién puede dudarle, señora?—murmuró desorientado el pobre Lorenzo,—¿quién puede dudarle? pero.....

—Déjeme V. concluir: V. que ha tenido hijos, que comprende toda la inmensa grandeza del amor que inspiran, el mas sublime y el mas lleno de abnegación de cuantos encierra el corazón humano, ¿podría concebir que un padre no se afane por colocar á cada una de las prendas de su ternura en la posición social que mas feliz pueda hacerles? ¿en colocarles en la senda mas fácil; en asegurarles el mas risueño porvenir? pues si esto hace un hombre cualquiera por los hijos á quien dió la vida, ¿qué no hará un Dios por todos los suyos á quien dió la existencia, el ser y el alma?

Créame V., amigo mio, cuando Dios le hizo nacer pobre, comprendía que en la pobreza estaba su felicidad, y que sus privaciones y sus trabajos en la tierra le franquearían las puertas del cielo. Además ¡no es la riqueza la base de la ventura: muchos poderosos del mundo riegan su oro con lágrimas, y suspiran por la dulce paz que reina en la cabaña del sencillo pastor! ¡Si V. supiera cuántas sozobras, cuántos afanes cuesta á veces su opulencia al potentado, quizá no le envidiaría y bendeciría al cielo por la oscura posición que le ha dado en suerte. Y luego ¿de qué sirve todo? ¡la vida es un día, y mas hermoso nos parece el término del viaje cuanto mas estrecha y molesta es la posada donde pernoctamos un momento! ¡mas desembarazado marchará el caminante, cuanto menos peso tenga que llevar sobre sí!

—Tiene V. razón, señora Marquesa! yo he visto llorar á muchos ricos, y el que llora sufre, sin que las sedas que le cubren sean bastantes á enjugar su llanto: pero yo no ambiciono muchos bienes, ¡si tuviera al menos lo necesario!

—Las necesidades del hombre crecen á medida que se aumentan sus recursos: y si nó hagamos la prueba; yo exijo á todos ustedes que me respondan francamente á la pregunta que voy á hacer. V. Lorenzo, ¿qué desea mas vivamente? ¿á qué llama lo necesario?

—Yo, señora,—respondió el anciano mendigo—sería feliz si tuviera un lecho cómodo, una habitación abrigada y la seguridad de que no me faltaba el diario sustento.

—Bien: son muy lejitimos sus deseos, y ¿quién sabe? tal vez consiga V. verlos realizados. Ahora le toca á V., José, el contestarme ingenuamente: V. posee todo lo que ambiciona el pobre Lorenzo, pero estoy segura que anhela algo mas.

El buen jardinero dió entre sus manos dos ó tres vueltas al sombrero, y entre dudoso y complacido por que la

noble anciana se dirijia á él, respondió muy despacio, como pesando una á una sus palabras.

—Sí he de decir la verdad, señora, y puesto que V. E. lo manda, no negaré que tengo casa y lecho, y alimento, pero me canso de tanto trabajar: labrar la tierra en invierno es molesto, y luego estar espuesto muchas horas al sol en el verano, es muy duro tambien: además, yo con tantos afanes, no seré mas que un pobre jornalero, mientras que otros.....

—Vamos, concluya V. y diga con franqueza sus pensamientos, ¿cómo se juzgaría V. feliz? ¿qué es lo que anhela?

—Pues..... por ejemplo, si yo tuviera el destino del señor Julian, el Mayordomo.... al fin..... él no tiene que esponerse al frio ni al calor; tiene un buen sueldo, que le permite vestir bien y comer otros manjares que los que como yo: además goza otras consideraciones, puede abrigar otras esperanzas y reunir algunos ahorros para la vejez. Por eso muchas veces me digo á mí mismo; si yo fuera el mayordomo de la señora Marquesa, si que sería dichoso y no tendria nada que pedir á la suerte, mientras que ahora lo paso mal y me desespero á cada instante.

La anciana nada contestó á su jardinero: sonrió bondadosamente y dirigiéndose á Julian:

—Vamos,—dijo,—ya vé V. que su posición es muy ventajosa segun opina José: ¿está V. completamente satisfecho de ella? ¿no ambiciona nada mas? no olvide V. que exijo saber la verdad.

—Pues bien, ¿á qué negarlo? con esto creo que no la ofendo á V. señora. Yo mil veces, manejando unos bienes que no son míos, me juzgo harto infortunado, puesto que toco de cerca los goces que ofrece la riqueza y no puedo aspirar á ella. Soy una planta exótica que vive entre los grandes señores, sin tener las consideraciones ni las escelencias de tal. ¡Oh! perdone V., mi buena señora, pero comprenda que mi suerte es bien desgraciada, y que soy mas infeliz que ese mismo José que tanto me envidia. ¡Oh! ¡si los caudales que manejo fueran míos! ¡si yo tuviese riquezas, un título! ¡si fuera como el señor Conde, el hijo de V. E.....! ¿qué afortunados nacen algunos!

—Si fuera V. Conde, Julian, es muy posible que anhelara V. algo mas, y no fuese tan feliz como supone, porque su ambición desarrollada en mayor esfera le ocasionaria grandes sinsabores.

¡Ya lo ha visto V., Lorenzo! nuestros deseos superan siempre á nuestra posición, y no es mas venturoso aquel que mas tiene, sino el que menos ambiciona. Crea V. en mis palabras y bendiga su pobreza, la cual, sino grandes goces, le puede ofrecer grandes recompensas.

Dios dá á cada uno el lugar que debe ocupar en este mundo, y aquel que mas le conviene para acercarse á Él; y si no basta con lo que he dicho para que no ame las riquezas, recuerde V. la historia del pobre Lázaro y del rico avariento, y piense á cuál de los dos cupo mejor suerte.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de la Fé, Mendez Nuñez 26.



la culpa: serás madre, pero al gozo mas dulce de tu corazon, al primer suspiro maternal que brote de tu seno, se mezclará un gemido de dolor y el primer beso con que selles el rostro de tus hijos irá empapado en amargas lágrimas.

Eva, pálida y abatida cruzó las manos sobre el oprimido pecho, en señal de doliente súplica, pero su boca no se atrevió á formular una frase.

El Señor, sin embargo, tuvo compasion de ella, y queriendo que la amargura de la sentencia pronunciada fuese aminorada por la dulzura de la esperanza, prosiguió dirigiéndose á la triste mujer.

—¡Tú sufrirás la pena impuesta á la ofensa que me has inferido, pero puesto que la serpiente causó tu caída, tu descendencia aplastará su cabeza, y domará al espíritu del mal cuando suenen los tiempos de su gloriosa rehabilitacion!

Cayó el Señor, y señalando á los culpables la puerta del paraíso con ademan supremo, les vió alejarse lentamente de aquella mansion en donde habían sido tan felices.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA MUERTE DE UN ANGEL.

Niña la de esbelto talle,  
la de los blondos cabellos,  
la de los labios de grana,  
la de los ojos de cielo;  
tú que en tus cantos imitas  
del ruisenior los gorgoros,  
el murmurar de la fuente  
y el gemir del arroyuelo;  
¿por qué suspendes ahora  
los armoniosos acentos  
que de tu sonora lira  
brotaron en otro tiempo,  
y cuyas brillantes notas  
remedaba el vago viento?  
«Por que hoy no debo cantar  
que es á mi hermanito enfermo.»

Triste se encuentra la niña,  
la de los blondos cabellos,  
la de los labios de grana,

la de los ojos de cielo:  
en vez de cantar suspira  
y reza con embeleso;  
que la oracion es perfume  
que embalsama el sentimiento:  
en triste llanto anegada  
dirije su vista al cielo  
y su oracion lleva un ángel  
de Dios hasta el trono excelso.  
¿Por qué lloras pobre niña?  
¿Por qué tu doliente pecho  
lanza tan tristes suspiros?  
Y con sentido lamento  
dijo, de dolor transida:  
«por que mi hermanito ha muerto.»

No llores, hermosa niña,  
la muerte del ángel bello  
que canta con los querubens  
las glorias del Dios Supremo.  
Él le ruega en sus canciones  
te guie por el sendero  
de la virtud, que es el bien  
mayor que alcanzar podemos;  
pues la virtud nos conduce  
hasta el trono del Eterno.  
Canta, canta cual solias,  
entona cánticos bellos;  
de tu cadenciosa lira  
broten mágicos concentos;  
brille en tu hermoso semblante  
la alegría de los buenos,  
que un ángel vuela sin mancha  
á la mansion de los cielos.  
«¡Bendito el Dios que á los niños  
trueca en serafines bellos!»

J. Ortega Gutierrez.

## EL LUJO Y LA VANIDAD.

(Continuacion).

—¡Proseguir en mi puesto!—murmuró;—y ¿crees tú que los señores de Maurell tendrian confianza en el que les ha engañado una vez? no: ¡en el comercio no valen las palabras ni la amistad, ni el afecto! ¡en el comercio no hay mas que la honradez, el *debe* y el *haber*, claros y exactos sin ningun género de dudas.

¡Ademas ya han empezado á sospechar de mí,